

Instructions: Please translate the following into English (*including* all block quotes)

La publicación en 2006 de Bonsái, situó de inmediato al chileno Alejandro Zambra como uno de los escritores jóvenes más representativos de la literatura hispanoamericana contemporánea. Como dato adicional, la novela fue publicada por Anagrama, lo que sin duda constituye ya un logro significativo tratándose de una primera novela escrita por un autor de treinta años. Ahora, si algo distingue a esta obra es la simplicidad absoluta en lo relativo al argumento en oposición a una enorme riqueza plástica y un nutrido diálogo con referencias intertextuales. Dicho con otras palabras, la novela renuncia de antemano a la elaboración de una trama compleja capaz de generar intriga, pero seduce al lector gracias a una sugerente simbolización que dota a la narración de una profundidad que contrasta con la simplicidad de lo narrado. En ese sentido el título adquiere especial relevancia pues sugiere un paralelismo entre la complejidad técnica del relato literario con la ancestral práctica oriental del cultivo de árboles y plantas. Este trabajo pretende entonces una lectura de la novela de Zambra a la luz del bonsái, símbolo sugestivo que dota al relato de una gran complejidad estilística que contrasta con su simplicidad argumental.

Al final ella muere y él se queda solo, aunque en realidad se había quedado solo varios años antes de la muerte de ella, de Emilia. Pongamos que ella se llama o se llamaba Emilia y que él se llama, se llamaba y se sigue llamando Julio. Julio y Emilia. Al final Emilia muere y Julio no muere. El resto es literatura (Zambra, 2006: 13).

Con estas palabras inicia la novela. El párrafo inaugural, está claro, resume toda la información: la heroína, Emilia o cualquier otro apelativo que el lector decida otorgarle, muere y Julio se queda solo. Implícitamente el lector recibe además otro dato no menos significativo y desalentador: se trata de una historia de amor irremediablemente frustrado. Esta primera entrada enmarca el texto dentro de ciertas coordenadas genéricas, ya muy desgatadas por lo demás, y de paso adelanta el final, desterrando cualquier posibilidad de misterio. Al parecer, Zambra no estaría en desacuerdo con Jorge Luis Borges cuando el argentino afirmó que escribir novelas es ocioso e inútil pues basta con resumir el argumento en un par de oraciones. Sin embargo, algo hay de perturbador en la última oración: «El resto es literature».

Una pequeña aclaración, la oración no termina con un punto final sino con los dos puntos. A continuación hay un espacio en blanco tan evidente y deliberado que es imposible no advertirlo. El texto recomienza entonces después de dos marcas textuales claras e intencionadas, los dos puntos y el espacio en blanco. Considerando estos datos, el párrafo inaugural cobra un nuevo sentido como una advertencia que

rompe con el pacto mimético. Lo que leerá el lector a continuación es ficción, una trillada historia de amor en donde los «hechos» carecen de importancia, no en vano ya ha sido dado a conocer el desenlace. Por consiguiente, el foco de interés se centrará en lo sucesivo en el artificio, no en lo que se cuenta sino en el cómo se cuenta. El bonsái como un símbolo que soporta la narración comienza a cobrar sentido. La ancestral técnica oriental consiste en cultivar árboles y reducir drásticamente su tamaño mediante distintas técnicas. Si acaso vale la expresión, se trata de una arboricultura de lo mínimo. Principio que Zambra pareciera trasladar al texto literario al construir una novela cuya extensión total no alcanza las cien páginas, en la que los personajes apenas si han sido delineados, y en donde el argumento es de una simpleza tal que es resumible en un sólo párrafo. En palabras de Álvaro Enrigue,

Estamos con este libro, entonces, ante una doble negación: la novela como género épico ya no tiene el menor interés y la muerte no es narrable. O desde otro punto de vista: si los valores ya cambiaron y ninguna muerte es prestigiosa —por amor, por servicio, por valentía— la novela como género es sólo personal; ya no cuenta el fragor de las vidas ejemplares, sino la tímida medianía de los que enfrentan sin gestos vistosos el momento definitivo de sus vidas; un paso más allá—paso al abismo—de la desmitificación que proponía Ortega y Gasset como sentido novelesco.

¿Qué queda entonces para la novela? Una vez más, el artificio, la posibilidad de construir un bonsái cuya nimia extensión, personajes sin profundidad psicológica, argumento trillado y simplicidad estructural, sea contrarrestada por una riqueza intertextual e ingeniosos juegos metaficcional que posibiliten por un lado el diálogo con múltiples obras literarias emanadas de distintas tradiciones, y por el otro que reflexione sobre la futilidad misma del proceso creativo. Y es en este punto que la arboricultura oriental como un soporte del texto literario redondea su utilidad y efectividad.